



El cosmos de «El espíritu de la colmena» (de Víctor Erice) es una parábola que se muerde la cola, y como toda gran parábola, «real como la vida misma»...

## CERRAR LOS OJOS

«Reconozco, en lo que atañe al fantasma de Griffith, o lo que fuere, que el hecho de aparecerse primeramente a un niño, y a un niño de tan pocos años, le agrega una especial característica. Pero no es el primer ejemplo de tan encantadora especie en el cual un niño se ha visto complicado. Si el niño aumenta la emoción de la historia, da otra vuelta de tuerca al efecto, ¿qué dirían ustedes de dos niños?».

(HENRY JAMES.  
Otra vuelta de tuerca)

**C**ERRAR los ojos, abrir los ojos. Recuerdo una película inglesa bastante floja cuyo título se me ha olvidado. Una muchacha tenía grabada la imagen de un corpulento personaje, medio mago medio prestidigitador, que de pronto cerraba los ojos y decía «Disappear» y luego los volvía a abrir, furioso: ¡Seguía presente! La muchacha, ya crecida, cifraba en ese ejercicio su ilusión y su felicidad. De pronto cerraba los ojos y decía «Disappear». Entonces aparecía el viejo. La película no trascendía de esa gota de misterio. Suficiente para que la recuerde con algún cariño. Ni la muchacha en cuestión ni el realizador de la película habían sabido seguir ese indicio. No habían sabido desaparecer. Hay que cerrar mucho los ojos para llegar a desaparecer y, sobre todo, hay que perseverar así horas

y años. Hay que arriesgar muchas cosas para mantener esa pertinaz perseverancia. Hay que ser profundamente introvertido, hay que asomarse en el propio pozo, con un atrevimiento nada usual. Entonces asoma quizá del fondo de ese pozo algún extraño rostro medio velado que se dibuja a través del juego fluctuante de las luces y las sombras. Hay que tener entonces unos ojos muy abiertos, unos ojos enormes para mirar «todo eso»; una lejanía que tan sólo nos llega a la mayoría de los mortales a través de palabras ajenas, una infancia que se halla mediatizada por la imagen que tenían de nosotros nuestros pa-

al fondo del pozo hay que ser antes que nada artista, es decir, tentador y descubridor. Para llegar a ese fondo hay que ser, desde luego, muy español, muy castellano (o andaluz, o catalán, o sueco). Hay que ser todo eso para ser algo mucho más universal, algo que trasciende cualquier frontera cultural, cinematográfica. Porque el problema de nuestro cine es, fundamentalmente, un problema de falta de artistas. Digo fundamentalmente. Porque en tanto se crea que «nuestro cine», y lo mismo «nuestra cultura en general», debe mantenerse en los límites de la expectativas que se le piden y se le exigen (cine testimonial, cine docu-

a Milán y a Nueva York. Ese cine es característico de esa ciudad desgraciada que es Barcelona, verdadero cogollito de los Verdurín, verdadero mercado de la trivialidad. Sobre esas dicotomías, cuya sola alusión me resulta dolorosa, pues con ello se rebaja el tono de nuestras sensaciones y se pierde el tiempo en asunto que compete a los mercados del templo, ha ido circulando el mejor cine nacional, aquel que no era feudo de la más absurda y penosa de las vulgaridades. Ha ido circulando con pena y sin ninguna gloria. A menos que el espíritu de esa colmena que todos encerramos en el Interior de nosotros mismos abra alguna vez una rendija y nos dejemos invadir por la lluvia de luz que cae sobre nuestro rostro. Pero ello requiere saber cerrar a tiempo los ojos y, sobre todo, **desaparecer**. Ello requiere dejar a pública subasta el papel que se nos había concedido, quizá, en la tómbola cultural y perderse en el desvarío del propio ensueño, aun a riesgo de no volver quizá a abrir los ojos. Pero esa ceguera, que es visión de ojos muy grandes, de «ojos de más» (como los de esa niña increíble), es consumación artística, es pieza maestra, es página en estado de gracia. Del arte nunca se sabe nada, no se le puede definir, apenas se pueda decir nada de él. Creo que

### EUGENIO TRIAS

dres o nuestros hermanos. Sólo alguna vez vibra una sensación misteriosa, algún olor, algún relampagueo. Pero eso ocurre sólo alguna vez. Para ingresar en esa región y penetrarse del espíritu mismo de esa colmena escondida bajo siete llaves, hay que ser literalmente un asceta del espíritu. Para comunicarnos de una manera impecable toda la corporalidad sensorial de ese espíritu hay que ser un artista. Muy pocos han alcanzado horizontes formales cinematográficos. Para llegar

mento socio-político), y mientras esas expectativas y esas exigencias se conformen con lo ya sabido, mastigado y digerido y evacuado, entonces ese cine será «correcto», pero nunca será verdaderamente «interesante». Poca cosa es, y muy penosa y vergonzante, «reaccionar» frente a ese cine de groseros contenidos testimoniales, mediante una pseudovanguardia que cifra todo su hacer en un guiño de ojos que parece significar: he ido a París y conozco lo que se hace allí, he ido incluso

# Esta Navidad regálese un nuevo cerebro.

Las calculadoras electrónicas de TEXAS INSTRUMENTS son el regalo de Navidad más adecuado para quienes trabajan con el cerebro.

Todas ellas le ofrecen la seguridad de un funcionamiento perfecto y de un servicio de asistencia en España, a unos precios sin competencia.

Con un poco de ingenio y una discreta alusión, conseguirá que alguno de sus amigos le regale esta Navidad una calculadora electrónica de TEXAS INSTRUMENTS.

Dos cerebros trabajan mejor que uno.



TI-2500  
6.400 pts.



TI-3500  
7.300 pts.



SR-10  
12.100 pts.

Texas Instruments  
la electrónica en la punta  
de sus dedos.

**Texas Instruments**  
calculadoras electrónicas

## CERRAR LOS OJOS

por razón de ese estado de gracia o ese don que se **conquista**. Normalmente, la sensibilidad más exquisita se mantiene en el estatuto de adulto, de manera que las ondas que llegan de más allá del espejo son recibidas y ordenadas por una mente no infantil, aunque nostálgica. En el mejor de los casos se cubra una epidermis **surreal**, llena de encanto, pero que no se adentra en los escondites más velados y **metafísicos** de una sensibilidad que piensa y que realiza cuanto piensa. Ver al niño en su dimensión más real resulta entonces, por paradoja que no es en propiedad paradoja, verlo en tesitura filosófica, ante problemas que se viven como una matemática fantástica y sensorial, donde todas las cosas del entorno son sollicitaciones que exigen alguna respuesta. Evidentemente, todo son símbolos, la seta venenosa es símbolo, la niña, la flor y Frankenstein son símbolos, el gato, el pozo, la calavera, el maqui... Pero esos símbolos no se hallan desdoblados, no se trascienden en «significados», no remiten a grandes palabras como el Mal o lo Prohibido. Son esas palabras verdaderamente **encarnadas** y, por lo mismo, perfumadas, como es el caso en lo que respecta a la seta venenosa, o resplandecientes, como es el caso en lo que respecta al panal. Mejor hablar de indicios, de huellas, como la que se dibuja junto al pozo, como la ausencia de ojos del delicioso «Don José» («Vamos a ver, decidme, ¿qué le falta a don José?»). Se siguen esos indicios que están ahí, a la vista, visibles para quien quiera verlos, para quien sepa verlos; se siguen esas flechas —y, por supuesto, de un modo auténtico y muy poco «intelectualizado»— y **entonces** aparece realmente un «cosmos», sólo que en ese cosmos hay algo más que una parábola para mentes apoderadas del tedio. El cosmos del espíritu de la colmena es, en ese sentido, muy poco «gombrowitziano». Ese cosmos no es simple parábola que trasciende el universo recorrido, su simbología no es por esta razón plana y lineal. Tampoco es una parábola para gentes ahítas de «intelligentsia». Esa parábola se muerde la cola y por lo mismo es, como toda gran parábola, «real como la vida misma». Nada falta, nada sobra, nada está de más ni está de menos. Eso es quizá lo que más sorprende. ¡Qué fácil hubiera sido cargar aquí y allá el acento, perderse en facilidades muy a la mano! ¡Qué tentadora la alusión a «nuestras represiones», a esos nuestros temas

tan «queridos» que, al parecer, resuelven el problema personal-nacional en el triángulo religión-autoridad-sexo! ¡Qué lejos se halla el espíritu de la colmena de todo eso! Porque ese espíritu está en el fondo mismo del pozo, está en el abismo y para llegar a él no basta narrar bien una historia, como tampoco basta ser un probado experimentalista en los nuevos que es siempre a posteriori. Sólo después de gozado decimos «es realmente arte». Sólo después de disfrutar una obra artística podemos **saber** que «eso es arte». Entonces todo se nos aparece como muy fácil: «¿Y cómo no se nos había ocurrido antes?». En la obra de arte no hay jamás truco ni hay jamás «intención»: todo es truco e intención hasta el colmo, pero trascendido. A priori podría decirse: unas gotas de James, unas gotas de Vermeer, más el asunto Frankenstein y el problema matemático siguiente: ¿qué sucedería si dos niñas se toman muy en serio ese asunto?, ¿si sobre todo una de ellas se lo tomara como asunto de vida y muerte?, ¿si la otra niña cifrara en el juego del terror iniciado por la hermana menor un marco de historia cifrada que se va tejendo al ritmo en que nace y se desarrolla la incipiente perversidad? Nada, sin embargo, menos fácil que resolver estas preguntas. Nada menos simple que evitarse la facilidad de dibujar en los tonos al parecer «adecuados» ese desvelamiento de aquello que suele producir terror. Pero aquí se investiga algo más serio, aquí se siguen las huellas de una profunda fascinación, de un corazón enamorado. Y el Mal dibuja su onda con pinceles bellísimos e impecables. El interior de la mansión tiene la pulcritud dorada y de paño limpio almidonado de un cristal translúcido amarillento que rezuma color Vermeer. Y como la seta es bellísima y el humo del tren es fascinante, y como la fotografía es artística y lo es también la notación musical y el amueblamiento general de cada escena o secuencia, entonces parece que el espíritu de la colmena se complazca en ese verdadero rostro lleno de belleza que es el suyo. Porque el Mal sólo es feo y puerco para miradas que lo ven así (pues les conviene). Pero esos ojos ni son grandes ni se han cerrado con frecuencia y con perseverancia. Frankenstein es bellísimo y exige su aparición música de órgano. La vida entera es muy distinta entonces. Cuando se llega a desaparecer. ■ E. T.

palabra  
en el tiempo

NOVELA

Jean Giraudoux: LA MENTIROSA

Iris Murdoch: EL SUEÑO DE BRUNO

Mary McCarthy: PAJAROS DE AMERICA

Virginia Woolf: LAS OLAS

Alan Sillitoe: EL ARBOL EN LLAMAS

L. F. Céline: DE UN CASTILLO A OTRO

James Joyce: DUBLINESES

James Baldwin: VE Y DILO EN LA MONTAÑA

Vladimir Nabokov: MASHENKA

Susan Sontag: EL BENEFACTOR

Samuel Beckett: MERCIER Y CAMIER

Albertine Sarrazin: DIARIO DE PRISION

Editorial Lumen

### CONCESION DEL PREMIO OSBORNE 1973

El primer Premio Osborne para la Defensa de la Naturaleza, cuyo tema para el año 1973 es «Contaminación de las zonas costeras de España», ha sido concedido al Investigador científico doctor don Juan Albaigés Riera por su proyecto de investigación «Estudio de la contaminación química del litoral mediterráneo español».

El proyecto en cuestión se refiere a los productos fuertemente contaminantes que aparecen en el mar, concretamente el petróleo y otros compuestos de tipo orgánico difícilmente degradables, incidiendo gravemente en importantes aspectos sociales y económicos del litoral mediterráneo.

El plan concreto de las investigaciones a realizar se centra en el estudio químico-orgánico sistemático del proceso de alteración, envejecimiento o degradación de crudos de petróleo y productos de refino por acción conjunta de los agentes marinos y atmosféricos, y el establecimiento de correlaciones efecto-contaminación, por un lado, y causa-procedencia, por otro, de importancia para la protección de dichas zonas.

La labor del equipo de investigadores que dirigirá el doctor Albaigés se desarrollará en relación con el Instituto de Química Orgánica de Barcelona del Patronato «Juan de la Cierva» (Consejo Superior de Investigaciones Científicas).

Tal como ya se había anunciado, el premio es de un millón doscientas mil pesetas, destinadas a desarrollar el proyecto de investigación al que ha sido concedido.

### CITROËN, EN EL SALON DEL AUTOMOVIL

Coincidiendo con la celebración del LX Salón del Automóvil de París, M. François Rollier, presidente director general de la Sociedad de Automóviles Citroën, ofreció una recepción en la Conserjería del Quai d'Horloge, de París, a la que asistieron todos los concesionarios de la Red Citroën Mundial.

Al día siguiente, M. Pisano y M. D. F. Roux, directores general y comercial para España, respectivamente, ofrecieron una comida a todos los concesionarios españoles asistentes, en un conocido restaurante del Bosque de Bolonia.

Esta LX edición del Salón se ha desarrollado bajo el signo del motor rotativo. Y ni qué decir tiene que la gran «vedette» ha sido el Citroën GS Bitoro, que recibió grandes elogios. Otra novedad Citroën fue la incorporación de una caja de cambios automática a su modelo de gran prestigio, el SM.

Una lúcida participación de Citroën en esta LX edición del Salón, en el que estuvieron presentes tanto el avance técnico de sus ingenieros como la cordialidad de sus directores.